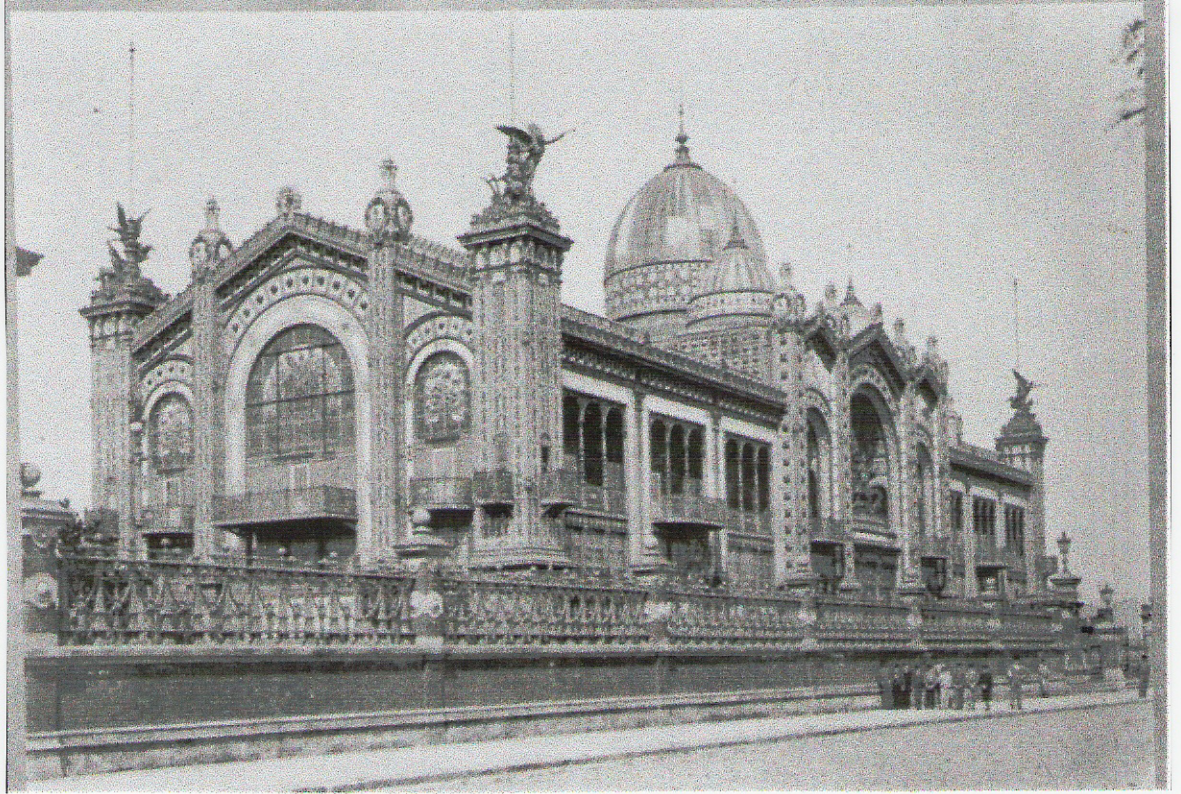


EL PABELLON ARGENTINO PARA LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Por Mariano Etchegaray



El nacimiento de las exposiciones universales está directamente relacionado con el proceso de la revolución industrial. La libertad de trabajo decretada en 1791 por el gobierno de la Asamblea Constituyente francesa, facilitó la competencia y la necesidad de exhibir los productos de las nuevas industrias.

La idea de las exposiciones públicas de los productos industriales es una idea francesa, pues la primera realización de este género tuvo lugar en Francia a fines del siglo XVIII, en 1798 y reunió a ciento diez expositores. Esta exposición organizada en menos de un mes y que no duró más que tres días, tuvo solamente carácter nacional y se realizó en el Campo de Marte donde se construyeron sesenta arcadas de madera dispuestas en rectángulo, en cuyo centro se destacó un local para honrar a la industria. La segunda exposición se realizó en 1801 y fue instalada en el patio del Louvre donde se construyeron ciento cuatro pórticos romanos. Duró seis días y se presentaron doscientos veinte expositores. La idea había tomado cuerpo definitivamente y estas manifestaciones industriales, tan bien recibidas por el público, se hicieron cada vez más importantes.

Pero todas estas exposiciones eran nacionales. Para que las exposiciones tuvieran un carácter internacional, era necesario no solamente invitar a países extranjeros a exhibir sus productos, sino que se debían dar facilidades para que esos países pudieran vender sus productos. Esto suponía la reciprocidad del intercambio comercial. Correspondió a Inglaterra el honor de haber realizado la primera exposición universal que tuvo lugar en 1851 en Londres, y que reunió a 15.000 expositores en el palacio de Cristal, construido expresamente al efecto.

Este edificio fue la primera y más grandiosa aplicación del hierro en la construcción, la obra más nueva y la más notable ejecutada hasta entonces. Salvada de la destrucción por el mismo éxito, el Crystal Palace fue transportado a Sydenham para servir como museo de arte industrial.

Pero si el honor de haber hecho la primera exposición universal pertenece a Inglaterra, la idea no pertenece menos a Francia, pues en 1819 uno de sus ministros el conde Decazes, pidió y obtuvo de Luis XVIII que la exposición de ese año fuera universal. Pero la tentativa fracasó ante la mala voluntad del público y Francia tuvo que esperar hasta 1855 para ver su primera exposición universal. Fue instalada en los Campos Elíseos, en el palacio de la industria que fue después del palacio de Cristal de Londres, una de las mejores ideas tendientes a generalizar el empleo del metal en la construcción.

La exposición de 1855 reunió en el palacio de la industria y en los anexos que lo rodeaban, veinte mil expositores y su éxito fue completo. Doce años más tarde, en 1867, la exposición instalada en el Campo de Marte cubría un espacio de quince hectáreas, comprendía vastos anexos en la margen del Sena para todo lo concerniente a la industria marítima y fluvial, y la isla de Billancourt para la exposición agrícola. El número total de expositores fue de cincuenta mil doscientos veintiséis.

Hasta entonces, todas las exposiciones universales, tanto de Inglaterra como de Francia, habían adoptado un orden nacional para agrupar a los expositores, es decir un pabellón por país. Este sistema presentaba el defecto de imposibilitar el estudio comparativo de una misma industria en los distintos países. En 1867 este método fue abandonado y se buscó una clasificación que permitiera a la vez mantener a los expositores por nacionalidad y tipo de industria.

Esta clasificación permitía a los visitantes ver la misma industria en todos los países que la habían expuesto, siguiendo una galería circular, mientras que podían examinar la exposición completa de un mismo país sin salir de un sector.

La exposición de 1867 señaló los grandes progresos realizados y su éxito fue tal, que muchas personas afirmaron que aquella debería ser la última exposición universal, porque jamás se podría reproducir un conjunto tan perfecto y espléndido. Sin embargo después de la de 1867, vino la de 1878 que fue un verdadero triunfo para Francia, mostrando los inmensos recursos del país. El sitio consagrado a la exposición fue de veinticinco hectáreas con cincuenta y tres mil expositores.

Después de la exposición de 1878 pareció de nuevo que sería imposible superarla. En 1889 el gobierno de Francia decidió celebrar el primer centenario de la toma de la Bastilla, realizando una gran exposición universal en París, a la que fueron invitadas todas las naciones del mundo. El panorama cada vez más amplio de la industria internacional exigió para esta exposición un espacio muy amplio, que cubriría:

- 1) el Campo de Marte, donde estarían agrupadas la sección de las máquinas, la de productos industriales, la de las artes liberales y la de bellas artes.
- 2) el Quai d' Orsay de la avenida de la Bourdonnais a la explanada de los Inválidos, donde se reunirían la sección de productos y aparatos agrícolas, y la de productos alimenticios.
- 3) la explanada de los Inválidos donde estarían las exposiciones de las colonias francesas, de los países del protectorado, y la de los ministerios.
- 4) el jardín del Trocadero con la exposición de horticultura.

Preparación del Pabellón Argentino

La República Argentina que atravesaba un momento de euforia en los años iniciales de la presidencia de Juárez Celman, acepta concurrir para aprovechar la oportunidad de mostrar al mundo el potencial de su riqueza en productos primarios y su incipiente industria. Se decide la construcción de un costoso pabellón, a pesar de que si bien se vivía el esplendor ficticio de la “década del ochenta” ya se evidenciaban los primeros síntomas de la crisis económica que motivarían las jornadas revolucionarias de 1890. Se forma en Buenos Aires una comisión compuesta por destacadas personalidades, que designa como delegado en París a Eugenio Cambaceres, distinguido escritor, buen conocedor del ambiente parisino, donde fija su residencia.

La primera dificultad que tuvo que afrontar Cambaceres, fue obtener la conformidad del director de la Exposición para que la Argentina pudiera presentarse en un pabellón individual. En las exposiciones anteriores, los países latinoamericanos habían compartido pabellones. Si bien la solicitud fue resuelta favorablemente, cuando Cambaceres solicitó seis mil metros cuadrados para levantar el pabellón, y cerca de la

torre que erigiría el gobierno francés como símbolo de la muestra, solamente se le concedieron mil seiscientos metros cuadrados. Obtuvo sin embargo la autorización para que tuviera un primer piso agregado, con lo que su superficie utilizable se ampliaría a tres mil metros cuadrados.

En el mes de enero de 1888 se llamó a concurso en París para la presentación de planos y construcción del pabellón, que debería ser desarmable para su traslado a Buenos Aires una vez finalizada la exposición. Se presentaron veintisiete proyectos, siendo adjudicada la obra al arquitecto Albert Ballu (1861-1939).

Este demostró ser un arquitecto sensible a las inquietudes de su tiempo, ya que a pesar de su formación y antecedentes, se lanzó a la construcción de un pabellón en hierro y vidrio siguiendo la línea del que había revolucionado las técnicas de la construcción, como lo fue el Palacio de Cristal de Londres (**Anexo 1**).

Los esqueletos de hierro y los ascensores ya permitían levantar edificios de muchos pisos. Los pabellones reflejaban mejor que ninguna otra construcción esta nueva técnica, ya que al ser construidos en hierro, su montaje era rápido y fácil, permitiendo ser desarmados. Sus partes podían ser prefabricadas, facilitando su transporte.

La máxima figura de este período del hierro y del vidrio fue el ingeniero Gustavo Eiffel (1832- 1923), que ya había asombrado al mundo con su puente sobre el Duero en Oporto en 1875, el viaducto de ferrocarril de Garabit, entre Clermont- Ferrant y Béziers en Francia, de 565 metros de largo y 122 metros de altura, en 1885 y el esqueleto de la estatua de la Libertad en la bahía de Nueva York en 1886, entre sus numerosas obras.

Pero la obra más extraordinaria de Eiffel que inmortalizaría su nombre, fue la torre levantada como símbolo de la Exposición de 1889 y construida a escasa distancia de donde se ubicaría el Pabellón Argentino (**Anexo 2**). Su construcción levantó una ola de protestas de literatos y artistas franceses, que protestaron mediante documentos públicos contra la torre, sosteniendo que iba a ser la “deshonra de París” y calificándola como “chimenea de fábrica”. Y aunque se había autorizado un plazo de tiempo luego del cual debía ser desarmada, fue salvada por su mismo éxito. La torre ha quedado como un símbolo de París, ya que no es posible imaginar a París sin la Torre Eiffel.

El propio Ballu relata en su libro “La arquitectura en la Exposición Universal de París de 1889” como era el proyecto del Pabellón Argentino: *“La construcción del Pabellón es de las más sencillas. Se propuso un edificio desmontable y transportable a Buenos Aires, mediante un armazón de hierro cuyas diferentes partes han sido invariablemente*

atornilladas ahora, para ser clavadas unas a otras invariablemente más tarde (Anexo 3). En el exterior las partes verticales que quedaban entre los nervios de hierro se han rellenado con azulejos, mosaicos, porcelanas, revestimientos de vidrio planos o formando ampollas salientes, iluminados de noche por la luz eléctrica, gres esmaltado y ladrillos barnizados. La superficie del monumento es de 1.600 metros cuadrados en la planta baja. La gran cúpula central sube en toda su altura (30 metros) sin piso intermedio”.

“Se han empleado gres para los basamentos y el frontis de la fachada posterior, vidrios ondulados americanos para las vidrieras, que constituyen verdaderos mosaicos de color, sin aplicación de pintura sobre el vidrio, el dorado para los hierros exteriores y esculturas, en lugar de los tonos grises, porcelana y mosaicos para los revestimientos de las bases de las cúpulas y de las fachadas laterales, vidrios tallados aplicados sobre los mosaicos y los azulejos, ampollas de cristal moldeadas y finalmente las telas decorativas de reflejos metálicos que adornan tanto la parte exterior como la interior del edificio”.

En el diario *La Nación* del 13 de enero de 1888 se menciona la cronología que debería cumplirse en Buenos Aires para llegar a tiempo a la inauguración de la Exposición que tendría lugar el 6 de mayo de 1889. Se señalaba el 30 de noviembre como último plazo para recibir los objetos que se incluirían en el Pabellón, de manera que durante el mes de diciembre siguiente se pudiera hacer su clasificación y arreglo. Hasta el 15 de febrero se dispondría para preparar el embalaje y catálogo definitivo, embarcando el día siguiente todo el material, para llegar a Francia el 15 de marzo. Desde ese día hasta el 30 de abril se efectuaría el desembalaje y colocación definitiva de todo el material, de modo de estar todo listo el día 5 de mayo, día previo a la inauguración. Como veremos más adelante todos estos preparativos fueron solamente una expresión de deseos. También enumeraba dicha crónica algunos de los trabajos especiales encomendados por la Comisión organizadora en Buenos Aires, cuya preparación por su naturaleza y extensión, requerían mucho tiempo. Los más importantes eran los siguientes:

- Una monografía ilustrativa de los catálogos de las importantísimas colecciones de minerales, geología y botánica existentes en la Universidad de Córdoba, ampliadas por nuevas muestras para cuya adquisición se encargó al profesor Dr. Brackebush de la parte mineralogía y geología, y al profesor Dr. Kurtz de la de botánica.
- El profesor Hoskolls, jefe de la sección mineralogía y geología del departamento de ingenieros civiles de la Nación, debía organizar, independientemente de las colecciones anteriores, una de minerales con una historia completa de la minería argentina, con planos o mapas de los distritos mineros de la república.

- Al señor Mauricio Meyer se le ofreció la tarea de formar una colección de maderas del territorio de Misiones.
- Al Dr. Frenzel, catedrático de zoología de la Universidad de Córdoba, se le encomendó la formación de una colección de animales marinos, pescados, moluscos, etc., preparados por un sistema de su invención, que permitiría se conservasen en su estado primitivo de blandura y con sus colores originales.
- La oficina de meteorología de Córdoba debía preparar una monografía del clima de la república.
- Al profesor Doering, de la Universidad de Córdoba, se le encomendó la preparación de una exhibición especial de las aguas termales y minerales existentes en el país.
- Al profesor Brackebush se le encargó construir un gran mapa en relieve de la república, en la escala 1:500.000. El mapa debía construirse sobre 88 tablas sueltas de madera dura.
- El señor Villalonga debía confeccionar una obra con la historia descriptiva de nuestros ferrocarriles.
- Al señor Alejo Peyrot se le encargó escribir la historia de la colonización de nuestro país.
- El señor Paul Groussac debía presentar escrita en francés, una descripción económica y social del país.
- El señor Alejandro Witcomb fue el encargado de la formación de un álbum fotográfico de los principales puntos de interés de la Argentina.

La Exposición Universal de 1899

La Exposición Universal de París fue abierta al público el 6 de mayo de 1899 por el presidente de Francia Sadi Carnot, inauguración a la que no pudo concurrir el delegado Cambaceres, por haber fallecido pocos días antes, siendo reemplazado por Santiago Alcorta. Carnot pronunció un discurso para dar gracias a las naciones que habían concurrido a la exposición. A la noche se sirvió un banquete en el hotel Deville donde habló el doctor Carlos Pellegrini, vicepresidente de la República Argentina. Estaba ubicado casi enfrente a Carnot y entre Alphand, Ingeniero Jefe de la exposición y el general Saussier, gobernador de París.

En el Campo de Marte el conjunto de los edificios tenía la forma de una herradura. En la entrada, en el eje mismo de la exposición, se elevaba la torre Eiffel. Detrás de la torre, había jardines que ocupaban un terreno de doscientos cuarenta metros de largo por cien de ancho, estando a la derecha el palacio de las Artes liberales, y a la izquierda el palacio de Bellas Artes, con una superficie utilizable de treinta y cinco mil metros cuadrados cada uno.

Cada una de estas construcciones se componía de dos grandes naves de ochenta y siete metros de longitud por cincuenta de ancho, unidas por una gigantesca cúpula central de treinta y dos metros de diámetro en la base y cincuenta y seis metros de altura en su punto central. En el piso superior, un balcón saliente de cinco metros de ancho, dominaba todo el contorno de la nave. En el eje mismo del Campo de Marte y al fondo del jardín central, se encontraba la gran cúpula de las exposiciones diversas. Coronaba una entrada monumental que daba acceso a una galería de treinta metros de ancho, que conducía directamente al Palacio de las Máquinas.

De cada lado del pasaje central que conducía desde el jardín a la galería de las máquinas, se encontraban unas junto a las otras, las galerías destinadas a las exposiciones industriales, cuyo conjunto total abarcaba una superficie de noventa mil metros cuadrados. A todas estas construcciones en el Campo de Marte, se agregaban toda una serie de construcciones situadas alrededor de los distintos palacios, y que estaban ubicadas a lo largo de las avenidas de Suffern, de la Mottepicquet y de la Bourdonnais, ocupando una superficie de veinticinco metros de ancho por dos mil de largo.

Otro pabellón de la muestra era el dedicado a la “vivienda a través de las edades”, que se hallaba en el quai d’Orsay en el Campo de Marte detrás de la Torre Eiffel, a la derecha de la entrada del puente de Ièna. Mostraba la historia de la vivienda y estaban representados los diferentes tipos de las viviendas utilizadas desde la gruta y las ciudades lacustres de la edad de piedra, hasta los edificios cargados de esculturas del Renacimiento. La realización de esta obra fue confiada al arquitecto Charles Garnier. Tenía un gran atractivo y no fue menor al obtenido en 1878 por la “Calle de las Naciones” donde estaban agrupadas casas que representaban el estilo exacto de las construcciones de cada país.

Las Exposiciones extranjeras

Los países extranjeros ocupaban en estas galerías una superficie de más de quince mil metros cuadrados. La sección reservada a los expositores estaba colocada en la parte más próxima a la explanada. Era la primera que atravesaban los visitantes al ingresar por el puente de Ièna.

Los stands de las Colonias y de los países del protectorado

Por el quai d’Orsay el visitante podía trasladarse a la explanada de los Inválidos donde estaba instalada la exposición de las colonias francesas y de los países del protectorado.

Se le dio una importancia considerable en relación con el desarrollo que tenían las colonias en esa época, y ocupaba un rectángulo de doscientos cincuenta metros de largo por ciento diez de ancho, es decir una superficie total de veintisiete mil metros cuadrados. A ambos lados de la entrada de la calle Constantine, había dos grandes lagos, reservados para las pequeñas embarcaciones indígenas.

La Exposición ya inaugurada – Opiniones de corresponsales del diario *La Nación*

Resulta interesante transcribir algunas crónicas enviadas al diario *La Nación* por sus corresponsales en París luego de inaugurada la Exposición, y poder comprobar que algunas actitudes y costumbres de los argentinos no han cambiado desde esa época.

El 6 de junio de 1899, Aníbal Latino informa que “la colonia argentina en París era muy numerosa y casi todos concurren el día 6 de mayo a la exposición y vieron con orgullo el Pabellón Argentino. En el edificio de las exposiciones parecía respirarse aire argentino; las maderas, las carnes, los cueros, las lanas, las botellas, etc. El día de la inauguración de la exposición hubo motivos para estar orgullosos y satisfechos de ser argentino. El edificio era espléndido y se encontraba situado luego de las galerías donde estaban instaladas las máquinas y los productos industriales de Francia y de otros países, después de las galerías de bellas artes y las artes liberales, que formaban un gran rectángulo abierto. Estaba sobre uno de los lados cortos de ese rectángulo, con una gran cúpula central y otras cúpulas laterales muy altas. Se hallaba en las inmediaciones de la torre Eiffel, entre un pequeño edificio egipcio levantado por la Compañía del Canal de Suez, y las construcciones del Brasil y de Méjico.

“Era el edificio que más sobresalía, el más alto, el más imponente de los que fueron construidos por las naciones extranjeras. Sin embargo, el día de la inauguración, exceptuando el pequeño pabellón del Paraguay, todos los pabellones americanos estuvieron cerrados.

“La fiesta de apertura se realizó bajo la gran cúpula central del Campo de Marte. Esta exposición fue la más grande que se conoció, y su apertura fue la más brillante, concurriendo más de ciento veinte mil personas. Los que dirigieron las construcciones fueron los ingenieros Alphand y Berger, secundados por otros diecisiete ingenieros, veintidós arquitectos y ochenta mil obreros. Estaban representados oficialmente Grecia, Noruega, Servia, Suiza, Mónaco, San Marino, Japón, Persia, Siam, Marruecos, Sudáfrica, Nueva Zelandia, Nueva Gales del Sud, Estados Unidos, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, Haití, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Santo Domingo, El Salvador, Uruguay y Venezuela.

“Las naciones que no tuvieron representación oficial pero que enviaron delegaciones particulares fueron Italia, España, Inglaterra, Dinamarca, Austria, Bélgica, Países Bajos, Rusia, Portugal y Luxemburgo.

“En el Pabellón Argentino el hierro, la piedra y el ladrillo forman este portentoso palacio, sobre cuya alta cúpula brilla el sol argentino. La decoración era vistosa, elegante y originalísima. El cristal ya transparente como el agua, coloreado como las amatistas y los topacios; los azulejos de la moderna cerámica y las piezas de mayólica y porcelana, ornamentan las fachadas. Visto cuando el sol le alumbra, sus muros parecen de metal en fusión y entre los edificios que lo rodean, se destaca victoriosamente. En el pórtico hacen guardia dos soldados que llevan el ilustre uniforme del ejército. El rojo pantalón y la guerrera azul tiene mucha semejanza con el uniforme del ejército español”.

El 19 de junio el corresponsal Paul Foucher, informa sobre la Inauguración del Pabellón Argentino: “Aunque la República Argentina tiene las puertas cerradas de su pabellón, no por eso atrae menos la atención de los visitantes, gracias a su amplia construcción, original y brillantemente artística. Las ‘Guías del viajero’ de la exposición hecha tres meses antes de la apertura, no consagran más que algunas líneas a los pabellones extranjeros.

“El Pabellón Argentino se compone de una nave central y dos laterales que pueden ser prolongados. Es enteramente desmontable, construido en hierro fundido y con materiales cerámicos, porcelana, loza, mosaicos, cristales y huecos para la ornamentación. Encima de la puerta de ingreso, un grupo colosal del escultor Hughes, representa a la industria y a la cosecha. Este grupo es de bronce dorado. A cada lado de la puerta hay dos grandes y hermosos mosaicos, uno representando gauchos según modelo de Barrias, y el otro representando labradores, según modelo de Roll. Ambos ejecutados por Facchina.

“En los ángulos del pabellón, soberbias Famas de bronce dorado, obras de Barrias, suenan sus trompetas a los cuatro vientos. La ornamentación exterior es de las más ricas. Azulejos de un azul turquí muy suave, huecos curiosos en forma de pirámides y que deben tener lámparas eléctricas, dan al pabellón un aspecto de un palacio de hadas. En el interior una gran estatua de Roulleau colocada en el eje de la puerta, representa a la República Argentina dando la bienvenida a los visitantes.

“Hay cinco cúpulas, una central y una en cada uno de los cuatro ángulos. La cúpula central está adornada por cuatro figuras esculpidas, obras de Turcan, Lefèvre, Pépin y Gauthier. El friso de esta cúpula tiene por adorno una veintena de retratos de grandes

hombres de la Argentina. Soberbios cristales permiten la entrada de la luz que ilumina este templo del comercio, de la industria, de la agricultura y de las bellas artes. En el fondo, frente a la puerta de entrada, una imponente doble escalera conduce a las galerías del primer piso. Esta escalera es como el resto del pabellón, desmontable pieza por pieza y peldaño por peldaño”.

Como se desprende de la lectura de los apellidos de los artistas convocados por la Comisión a cargo del Pabellón, no se requirió la colaboración de ningún argentino, ya que incluso el mapa en relieve de la República fue encomendado a Brackebush que era extranjero.

El 28 de junio, en nota fechada el 27 de mayo que se transcribe prácticamente en forma textual, porque no tiene desperdicio, Aníbal Latino informa que “finalmente se inauguró el Pabellón Argentino (**21 días después de la inauguración oficial**). En los últimos días, sacando fuerzas de flaqueza para llegar a tiempo, y tapando huecos, improvisando instalaciones, disimulando defectos, escondiendo, apresurando, trabajando día y noche se ha podido, sino dejar terminado el pabellón, ya que aún deben llegar colecciones de minerales y otros productos, afrontar por lo menos con éxito la inauguración.

“Es verdaderamente censurable este atraso si se tiene en cuenta que la República Argentina es uno de los países que primero iniciaron los trabajos a favor de la exposición, y que ha sobrado tiempo para concluirlo todo antes que ningún otro país americano, atraso que en parte debe adjudicarse a los expositores, que siempre esperan a última hora y nunca entregan sus productos dentro del plazo estipulado, y en parte al excesivo número de comisiones, subcomisiones y representantes que se habían encargado de lo concerniente a la exposición.

“Esto está en los hábitos de los argentinos, o mejor dicho de todos los americanos del centro y del sur, como puede comprobarse en la exposición, porque mientras los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Italia, Suecia, Noruega, Austria y Rusia han concluido hace tiempo sus instalaciones, España, Méjico, Chile, Brasil, Argentina y casi todos los demás países de América, aún están concluyendo los edificios.

“El hecho es que a pesar de los numerosos propagandistas que con pingues sueldos y crecidas subvenciones que ha enviado aquí el gobierno nacional y algunos gobiernos provinciales, no se ha podido aún ni presentar un gran cuadro, ni repartir ningún folleto que en breves líneas y de una manera llamativa, desarrollaran ante los ojos de los concurrentes los progresos de la República Argentina.

“Y en esto de hacer propaganda, los industriales franceses han demostrado que pueden dar algunas lecciones a nuestros gobiernos y a nuestros industriales, porque mientras los argentinos no repartían nada, exceptuando los folletos de Sansinema y Cía., algunas casas francesas aprovechaban la oportunidad para dar a conocer sus productos.

“A pesar de todo la inauguración del pabellón ha sido brillante y digna del nombre argentino. De 4 a 5 mil personas concurren al acto. Pero como nunca se ha de hacer todo completamente bien, todos los soldados del pelotón de infantería que han llegado aquí son de un mismo color, es decir mulatos o chinos o como quiera llamárseles.

“La muchedumbre que no sabe, que no piensa, que juzga por las apariencias, que forma sus opiniones con simples indicios, empezaba a creer que todos los soldados argentinos y aún los habitantes de la república eran como los soldados que se ven en la exposición. Esto nada tendría de particular si fuese cierto, pero no es prudente contribuir a que se arraiguen fuera del país, opiniones erróneas.

“A las doce en punto los acordes de la Marsellesa anunciaron la llegada del presidente Carnot, acompañado del presidente del Consejo de Ministros Tirard, del Ministro de Relaciones Exteriores Spuller, directores de la exposición y otras personalidades. Su visita según lo habían hecho saber con anticipación, no debía tener carácter oficial, porque la participación oficial lo habría comprometido a hacer igual cosa con los demás estados americanos que aún tenían que inaugurar sus pabellones.

“Por lo tanto quiso efectuar la visita antes del acto inaugural del Pabellón Argentino. Visitó minuciosamente el local, se detuvo ante las principales instalaciones, especialmente la de los licores de Marius Berthe y de Huergo, en la de los vinos de Justo Castro, los cigarros de La Proveedora y Daumas, y en la de los fósforos de Dellachá. Admiró la inmensa variedad de las maderas, los troncos colosales de algunos árboles, algunos enormes tablones de cedro, se fijó en algunas clases de pieles y lanas, se congratuló con el Doctor Pellegrini por el progreso de la república y felicitó a la comisión que su presidente Lezica le iba presentando, por su trabajo y por el buen éxito de la exposición argentina.

“El presidente Carnot que a pesar de sus 51 años de edad aún conserva su barba negra y se mantiene tieso y vestido como un joven, aparentando sólo unos 40 años, tiene una fisonomía simpática, que impresiona agradablemente, su porte es correcto pero sin petulancias, notándose por el contrario la modestia con que habla a todos, como si temiera siempre comprometerse. Es delgado de cuerpo y de regular estatura.

“Concluida la visita, se le entregó un lujoso álbum y se le despidió afectuosamente. Enseguida tuvo lugar el acto oficial de inauguración. El Señor Ricardo Lezica dio cuenta de los trabajos hechos por la Comisión y puso de relieve los propósitos en que aquella se había inspirado. El Doctor Carlos Pellegrini con la habilidad que le es característica, enlazó el aniversario de la Revolución Francesa que se celebra en el Campo de Marte con el aniversario de la República Argentina que se celebraba en ese momento y lo hizo bien y con frases sentidas y oportunas.

“Ambos discursos fueron aplaudidos, pero no tanto como si el numeroso público hubiera podido oír las frases más salientes de los mismos. Con esto terminó el acto, sirviéndose a continuación unos refrescos, porque el día era caluroso y la temperatura muy elevada dentro del edificio. Desde el día 6 de mayo puede decirse que casi se ha doblado el número de argentinos que se encuentran en París, no habiendo menos de mil en la inauguración del pabellón.

“La primera nota crítica que surgió de la inauguración fue que el embajador argentino en París Doctor Paz no asistió al acto, excusándose diciendo que una costumbre tradicional diplomática, le obligaba a permanecer el 25 de mayo en su casa, pero que se asociaba con todo corazón a la fiesta. Como antecedente puede decirse que desde el 6 de mayo se comentaba que Paz estaba resentido con la Comisión argentina porque no se habían acordado de él para cederle el primer lugar y atribuirle toda la importancia que él cree tener. El día 6 de mayo fue a visitar el pabellón y se quedó muy sorprendido de que nadie se ocupara de él, ni saliera a recibirle. No quería perder el primer puesto que debía ocupar el Doctor Pellegrini, vicepresidente de la Nación.

“Las industrias argentinas están muy deficientemente representadas en el pabellón. Es verdad que la república no puede aspirar a la exportación de objetos industriales, pero tampoco aspiran a ello otros países que sin embargo han enviado muestras de todo lo que tienen y de lo que saben hacer. En una exposición no se trata solamente de hacer propaganda a favor de tales o cuales productos, de procurarse clientes, sino de poner en evidencia el adelanto del país. La República Argentina no tiene solamente campos, ganados y bosques. Tiene industrias nacientes que hacen esfuerzos para disputar el terreno a los productos de importación europea. La exposición de Mendoza de 1885 estaba mucho mejor. Era dable esperar algo más después de tantos trabajos y tanta propaganda.

“Los muebles que se hacen buenos y en gran cantidad, y apenas están representados por 3 ó 4 objetos. Las carnes llamarán la atención por la costosa instalación de Sansinema y Cía., pero pudieron estar mejor algunas industrias ganaderas como la industria lechera que no figuró en el pabellón. Los minerales estaban en viaje; la paleontología argentina

bien pudiera haber constituido una nota amena y curiosa de la exposición, si nuestros naturalistas se hubieran preocupado de enviar algo. Se echa de menos en efecto en el pabellón, una nota original, llamativa, como la que hay en casi todos los pabellones europeos. Rusia envió osos embalsamados, Suecia y Noruega bellísimos paisajes nevados, Italia esculturas de cera que hacen apartar a la gente que los toma por hombres verdaderos y así sucesivamente.

“En verdad no hubiera estado mal poner de cuerpo entero algunos bueyes, carneros, ovejas, caballos y todos los animales cuya exportación bajo una u otra forma se desea aumentar. Lo más curioso del pabellón es indudablemente el edificio. Hay adornos costosos, esculturas valiosas, cuadros de mérito, detalles notables, pero no son esas las cosas que pueden llamar la atención cuando se está en París y se visitan edificios e instalaciones como las que hay en el Campo de Marte y en la explanada de los Inválidos. El Pabellón Argentino es uno de los más visitados y el público lo busca con preferencia. Los ecos sonoros de los progresos y riquezas de la república, empiezan a verse en Europa”.

El corresponsal francés Paul Fucher, el 29 de junio informa: “Las exposiciones no son almacenes ni docks. Son los valores del comercio, y la ciencia, el arte, la fantasía, la originalidad tiene un lugar señalado en ellas. Pienso que se debió prever lo que sucede actualmente y remediarlo con anticipación, como lo han hecho muchos otros gobiernos. Debieron enviarse muestras de nuestras razas de animales, plantas curiosas, escenas del movimiento comercial, agrícola y minero de nuestro país. En todo el Pabellón Argentino no hay una sola fotografía de Buenos Aires. La arqueología, la paleontología hubieran suministrado grandes elementos de atracción. Entran por término medio en la actualidad unas 95.000 personas por día y el domingo último lo hicieron 234.727. Es un gran éxito que cada día se hace más considerable.

“La concurrencia al Pabellón Argentino es muy numerosa y selecta. Ha sido muy comentada la ausencia del Doctor Paz a la inauguración, ausencia que causó una impresión desagradable en la colonia argentina. La guardia de honor la hacía un piquete de soldados reclutados entre lo más puro de la raza calchaquí, que forma en las filas de nuestro ejército. Se pregunta si un gobierno que tiene tantos millones para gastar en una construcción tal, puede designar como jefe del destacamento a un excelente oficial, pero que ignora los más elementales rudimentos de la lengua francesa. Es de imaginar la desagradable situación y los trances amargos por las que habrá pasado este jefe para satisfacer la curiosidad de sus colegas franceses.

“Cuando se publique esta nota, ya habrán llegado a Buenos Aires de regreso, los soldados que debían guardar el Pabellón Argentino hasta la clausura de la exposición.

Los motivos verdaderos de su regreso han sido que los soldados se embriagaban con frecuencia, promoviendo escándalos que llamaban la atención del público, exigiendo la intervención de los guardianes del orden. A pesar de haberse inaugurado oficialmente el Pabellón, las instalaciones no están concluidas, por lo que sus puertas se cierran a las 6 de la tarde para trabajar desde esa hora hasta las 11 de la noche para finalizar los trabajos que restan. Por ese motivo no es de extrañar que al público que circulaba por la exposición, le haya llamado la atención el escándalo que armaban los soldados dentro del pabellón”.

A continuación informa sobre los expositores argentinos presentes en el Pabellón Argentino: “Debemos hacer constar que algunas industrias están mejor representadas de lo que se podría haber supuesto. Los muebles de madera que echábamos de menos van apareciendo, como aparecen otras cosas a medida que se abren los cajones, y que los miembros de la Comisión no tenían idea de ello. Hoy, exceptuando la colección de minerales y de algunos otros objetos, las instalaciones pueden darse por concluidas.

“Entramos al Pabellón salvando los escalones que lo elevan sobre el nivel del Campo de Marte. En la puerta de entrada nos inclinamos casi sin querer ante el grupo arquitectónico que representa a la República (**Anexo 4**), nos fijamos en el enorme mapa del Señor Brackebush, y girando hacia la derecha ante la atracción que ofrecen las instalaciones de los sectores de los productos alimenticios.

“Los expositores son nombres conocidos: Pabelo y Santa Coloma que en recipientes de distintos tamaños exponen de una manera llamativa, numerosas muestras de sus aceites, Daumas y Los Proveedores con sus cigarrillos, Bagley con sus galletitas, Godet y la viuda de Seminario, con sus chocolates, Bieckert con su cerveza y Justo Castro con sus productos vinícolas. La instalación de Castro es la mejor que en vinos se admira en la exposición. Hay también otros expositores de San Juan y de Mendoza, pero sin la importancia del de Castro. La instalación de Devoto y Rocha llama la atención por la pirámide de barriles de vino y la de De Berthé por sus licores en botellas de formas varias.

“Una infinidad de bolsas de harinas, de legumbres, y de frutas secas completan las instalaciones de éste lado del edificio. La clasificación de estos productos ha exigido un largo trabajo, pero ha sido bien hecho por la Comisión y en especial por el Ingeniero Agrónomo Pedro Pagés. Esta exhibición se presenta con un lujo, una riqueza y una fuerza que evidencian la ferocidad del suelo argentino y excitan los elogios de cuantos la contemplan.

“Pasemos al lado izquierdo de la planta baja del edificio, que ha sido ocupado casi todo por las maderas. No podremos pasar antes sin ver la grandiosa instalación de Sansinema y Cía. quienes con su cámara frigorífica, sus carnes, su oficina y sus prospectos han dado a la exposición una de las notas más características, más llamativas y más salientes. A su alrededor, antes de llegar a las maderas, hay algunos productos industriales, balanzas de Bonaccio, aparatos para gas de Guillermo Martínez y Cía., caños y planchas de plomo de José Ortelli, mosaicos y piedras artificiales de la fábrica La Argentina de La Plata, y la Helvecia de Buenos Aires, las dos únicas que están representadas, a pesar de ser muchas las que hay en Buenos Aires, La Plata y Rosario.

“La exposición de maderas es importantísima Esta colección pertenece al gobierno en su totalidad, aunque en los letreros y catálogos se haya tratado de disimular éste y otros envíos de carácter oficial. Al lado de las maderas se ha reunido una gran cantidad de plantas, yerbas, hojas, raíces y cortezas que tienen aplicaciones industriales, medicinales y otras. Una espaciosa escalera situada frente a la gran puerta de entrada, después de unos tramos se abre en dos brazos a derecha e izquierda, dándonos acceso a la parte superior del edificio.

“Si levantamos los ojos y miramos los techos, llamará la atención además de los cristales, las pinturas que se admiran debajo de las cinco cúpulas y que representan ‘La Metalurgia, los Ferrocarriles, las Curtiembres, la Pesca, el Teléfono, la Zafra, la Electricidad, la Pintura, la Física, la Escultura, la Arquitectura, la Astronomía y la Vendimia’, pintura que llevan las firmas de Saint-Pierre, Robert Fleury, H. Lerona y Oliver Merson.

“Llamaron la atención algunos cuadros colgados que representan la Boca, el puerto de Buenos Aires, una siembra de trigo y una marcha a través de las pampas, cuadros que si se exceptúa éste último que es de A. Paris, han sido basados en informes verbales o tomados de fotografías, por lo que reflejan el paisaje argentino de una manera algo fantástica, lo cual no impiden que tengan su mérito como pinturas.

“A derecha e izquierda de la escalera hay en la parte superior, dos pequeños huecos que se han aprovechado para las instalaciones del Consejo Nacional de Educación y el otro para oficina de propaganda, es decir exposición de folletos, fotografías, diarios, cuadros estadísticos, etc. Esta parte es deficiente y esperamos que el Señor Lezica que llegó ayer, corrija estos defectos.

“Pasando a la derecha, Rigolleau es el único en dar fe que se fabrican cristales en la Argentina. Su instalación es importante. Resaltan también por la excelente calidad de

los artículos, un espejo de José Ferretti, los paraguas, abanicos y sombrillas de Emilio Giovannini, los guantes de Derbey, Mores y Cía. y Pallier; las medallas y grabados de Gotuzzo y Terrarosa, y de Rosario Grande; los trabajos en cristales de Mari y Cía.; los artículos de sillería de Mataldi; los zapatos de Capelle, Condreu y Cía. y Rosa y Cía. de Santa Fe; los libros mayores de Jacobo Peuser, los muebles de Juan Panzi y las muestras litográficas de varias clases. Hay muchos muebles muy buenos.

“La más importante colección de minerales, que también se encuentran en esta sección, corresponden al museo de Córdoba. También se exponen camisas, mantas, ponchos, corsés, etc. Los visitantes en lo que más se detienen es en la sección de alimentos, vinos, licores, trigos, harinas, carnes, en las maderas y en los artículos industriales. Ni las lanas, pieles, ni cueros curtidos les importan gran cosa. Sin embargo estos últimos productos son los que dan tono y carácter a la exposición. Recorriéndola rápidamente se ve que en ella predominan los dos principales elementos de la riqueza argentina: la ganadería y los productos del suelo. La industria argentina está mal representada, si se exceptúa la fabricación de vinos y licores.

“Nuevos objetos se van agregando a los expuestos primeramente. Estamos a 24 de junio (se inauguró el 25 de mayo). Los productos que se han agregado son camisas, botones, mosaicos y aún están en viaje 47 cajones con objetos. Ya quedaron fuera de concurso, ya que los jurados tienen muy adelantados sus trabajos finales”.

La concurrencia de la Argentina a la Exposición Universal de 1889 fue un éxito. Se obtuvieron doce grandes premios, la máxima distinción y numerosas medallas de oro, plata y bronce para los productos expuestos, y menciones honorarias por trabajos, escritos y publicaciones diversas. El Pabellón Argentino fue considerado uno de los mejores de la muestra.

Un corresponsal del diario *La Nación* informa en una crónica luego de clausurada la Exposición que “la República Argentina ha obtenido numerosos premios que revelan su relativo desenvolvimiento industrial, que fue apreciado por jurados imparciales y competentes. En este sentido somos superiores a Brasil, Chile y Méjico que son las naciones de la América Latina que pueden ser nuestros competidores.

“El Brasil si bien ha obtenido una mayor cantidad de Premios de Honor (22) frente a los 12 de la Argentina, esto tiene su explicación en gestiones diplomáticas a favor de ciertas industrias las que no han existido a favor de las nuestras. Este éxito debe servir de poderoso estímulo para el porvenir”.

El arquitecto Buschiazzo ha rendido homenaje a la obra de Alberto Ballu afirmando que *“se despojó de su lastre estilístico para abordar la construcción en hierro y vidrio, que a partir del Palacio de Cristal de Londres se había constituido en el símbolo expresivo de la nueva sensibilidad”*.

Cuando terminó la exposición luego de permanecer abierta durante seis meses y haber sido visitada por más de dos millones de personas, la situación argentina había cambiado. La crisis de 1890 provocó la caída de Juárez Celman. El gobierno intentó vender el pabellón para amortizar los gastos producidos, pero la venta no fue posible. Dispuso entonces que fuera desarmado y traído a Buenos Aires para ser entregado a la Municipalidad, debido a que el Intendente Seeber aceptó hacerse cargo del transporte compartiendo el gasto con el Gobierno Nacional. Los seis mil cajones que conformaban el Pabellón Argentino llegaron al país en 1891, luego de un traslado bastante accidentado.

En una noche de temporal uno de los grandes cajones que estaba en la cubierta del barco fue echado por la borda porque dificultaba la maniobra de las velas. En ese cajón se encontraban algunas de las pinturas decorativas más importantes. La situación económica del país al arribar los bultos a Buenos Aires, motivó que el municipio, falto de recursos para reconstruirlo y no teniendo un lugar adecuado para guardarlo, los arrumbara en unos galpones de la Sociedad Rural en Palermo, donde permanecieron abandonados durante dos años.

En 1893, una empresa particular obtuvo un contrato para armarlo y explotarlo para conciertos y teatro. Fue armado en la Plaza San Martín en la calle Arenales entre Maipú y Florida, en el sitio donde estuvieron los antiguos cuarteles que habían sido recientemente demolidos. Sobre la esquina de la calle Maipú se construyó un edificio para confitería (**Anexo 5**). La empresa no tuvo éxito y el edificio fue demolido, quedando solitario el Pabellón, en lo alto de la barranca, soportando las inclemencias del tiempo.

Según Eduardo Schiaffino en su obra *“La pintura y escultura en Argentina. 1783-1894”* las fuertes oscilaciones del edificio, hicieron que los mosaicos comenzaran a romperse y caer, y poco tardaron en desaparecer.

A partir de 1896 el pabellón fue utilizado esporádicamente para exposiciones de arte, de productos agrícolas e industriales. En 1898 se realizó en la Plaza San Martín una gran exposición limitada a la producción nacional, coincidente con la segunda elección de Julio A. Roca a la presidencia de la Nación. La plaza fue cubierta por numerosas construcciones rodeando al Pabellón, que fue utilizado como exposición de bellas artes

y entretenimientos de todo tipo, representaciones teatrales, zarzuelas, comedias, conciertos, tiro al blanco y palo enjabonado entre otras atracciones.

En el año 1910, la plaza San Martín fue escenario de la Exposición Internacional de Arte del Centenario, que resultó verdaderamente extraordinaria por la cantidad y calidad de los artistas participantes. La muestra se realizó en unas edificaciones construidas expresamente rodeando al Pabellón Argentino (**Anexo 6**), con entrada por la esquina de Arenales y Florida. Esta exposición tuvo directa influencia sobre el futuro destino del Pabellón Argentino. Allí nació la idea de utilizarlo como sede del Museo Nacional de Bellas Artes (**Anexos 7 y 8**).

Fue su sede entre los años 1911 y 1932, a pesar de tener el gran inconveniente de que cuando llovía había que tapar las obras de arte y cerrar el Museo por las goteras que se producían. Además el calor insoportable en el verano y el frío del invierno, deterioraban las telas de los cuadros. A pesar de ser un lugar inapropiado, ya que en realidad el Pabellón había sido creado para exhibir productos naturales y manufacturas y no para presentar obras de arte, fue utilizado para ese fin durante más de veinte años.

En 1931 el Intendente Municipal José Guerrico propuso la creación del Parque del Retiro, ampliando la plaza San Martín hacia el bajo, para lo cual fue necesario cerrar la calle Arenales entre Maipú y Florida, que quedó cubierta por jardines, demoler dos manzanas irregulares de edificación bastante compacta, y cerrar la diagonal Falucho cuya traza se extendía desde la esquina de Maipú y Leandro Alem hasta Arenales y San Martín (**Anexo 9**). El mayor impedimento era el Pabellón Argentino, que aparecía solitario y anticuado (**Anexo 10**). En mayo de 1933 fue desarmado en medio de la mayor indiferencia, y sin que ninguna voz se alzara para impedirlo.

El sacrificado Pabellón fue encajonado nuevamente y depositado en un corralón municipal existente en la calle Austria y la avenida Figueroa Alcorta, donde abandonado y a la intemperie, con el correr del tiempo no pudo ser vendido en una licitación realizada años después, ni como chatarra.

Felizmente se salvaron de la destrucción las cuatro esculturas de bronce que coronaban las cúpulas de las esquinas del Pabellón, y el grupo escultórico “**La República Argentina**” que coronaba la entrada (**1 del Anexo 11**) que se encuentra en las Escuelas Municipales Raggio en avenida del Libertador y avenida General Paz, en el lado norte del ala que da sobre esta última avenida (**Anexo 12**).

En cuanto a las estatuas “**La Agricultura**” y “**La Navegación**,” realizadas por el escultor francés Louis-Ernest Barrias, la Municipalidad las distribuyó en ambos

extremos de la ciudad. Las dos estatuas gemelas “**La Agricultura**” (**3 y 4 del Anexo 11**) tienen un ángel femenino que toca la trompeta y una mujer sentada con un arado manual. Una está en Saavedra, en el boulevard San Isidro Labrador y Cabildo (**3**). El pedestal tiene placas de bronce con el escudo nacional, el de la Ciudad y otra rectangular que cita la historia del Pabellón. La otra estatua está en el boulevard de La Riestra y Leguizamón, en Lugano (**4**). El pedestal luce un mural reciente, hecho por vecinos, con la imagen de Manuel Belgrano.

Las estatuas gemelas “**La Navegación**” (**2 y 5 del Anexo 11**) repiten la figura alada pero están junto a un hombre de piernas cruzadas con un timón de dirección con el relieve de un pez. Una está sobre la avenida de Los Incas y Zapiola (**2**) entre Belgrano y Colegiales. Al mástil lo rodea una reja. Desde marzo de 1936, en la Plaza Sud América en Fernández de la Cruz 6500 está la otra estatua gemela (**5**). Está en el espacio verde, sobre un pedestal blanco y un playón de cemento. Ambas estatuas tienen la misma placa que evoca la historia del Pabellón Argentino, protagonista de la Exposición Universal de París de 1889. Pero a esta, le sacaron la trompeta a la mujer alada y un brazo y el remo al hombre sentado.

De la estructura de hierro y vidrio del Pabellón, sólo quedan algunos restos que llegaron al barrio de Mataderos, en donde en 1945 un herrero español de apellido Solana adquirió un terreno, en la calle Andalgalá al 1400 donde había unas piezas de hierro. Él los ensambló y les colocó un techo de postes de lapacho y chapas bajo el que funcionaron una fábrica de carruajes y un taller hasta años antes de su muerte, en 1997.

Desde la muerte de Solana, sus herederos han intentado vender la estructura o interesar sobre ella a distintas instituciones, pero no lo han logrado. No obstante, en agosto de 2002, los terrenos de la calle Andalgalá ya se habían vendido y la estructura fue desarmada. El 21 de mayo 2014, *La Nación* advirtió que algunas partes se ofrecían a la venta por el sitio Mercado Libre ubicadas en un terreno de Pontevedra, en Merlo (**Anexo 15**). Esos restos son 16 columnas de 9 metros de alto, ocho riadas y doce vigas de entepiso. Los vendedores los ofrecían en \$ 1.500.000 en Mercado Libre.

"Elegimos difundir la venta por Internet porque es lo más visto", explicó el joven, que es usuario activo del sitio Mercado Libre desde hace casi diez años. Hasta el momento, admitió, no recibieron ninguna oferta. "Es un bien con un triple valor: por su antigüedad, su conservación y su material. Nos da nostalgia venderlos. Mi papá estaba tan orgulloso y trabajó como loco para armarlo con sus propias manos, pero no sé qué podríamos hacer con él. Sería un sueño que lo volvieran a armar para algún evento”.

Como acertadamente sostiene el arquitecto Mario J. Buschiazzi en el número 3 de Cuadernos de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 1963, *“no importa que el Pabellón Argentino tuviese una serie de concesiones pasatistas –cúpulas de bronce, carteles y escudos en profusión, logias con columnillas abalaustradas, etc.- y que resultara inadecuado para las funciones que se le había asignado”*.

“Pero debió conservárselo como notable ejemplo de un período de rebeldía y búsqueda, como símbolo de una época de pujanza y grandeza lejana y envidiable, como un hito en la historia de la evolución de nuestro gusto. Su destrucción fue un error irreparable, como el de tantos otros monumentos arquitectónicos de nuestro país, desaparecidos por un mal entendido sentido de lo que es progreso”.

El Pabellón Argentino no mereció ese final, al margen de las razones que decidieron su demolición. Un final lamentable comparándolo con el de su antigua compañera, la torre Eiffel, que más de ciento diez años después de su construcción, es el emblema de la Ciudad Luz y de toda Francia.

Bibliografía

- La Plaza San Martín, de Bonifacio del Carril, Emecé Editores.
- 1889 - La Argentina en la Exposición Mundial de París, por Olga Vitali - Revista Todo es Historia.
- Revista Nuestra Arquitectura N° 420 - “El Siglo XIX en Argentina”, por Mario J. Buschiazzi – 1964.
- Las Exposiciones del Centenario de la Revolución de Mayo, por Olga Vitali, Revista Todo es Historia N° 376.
- Diario *La Nación*, Números de enero de 1888.
- Diario *La Nación*, Números de abril, junio, julio y octubre de 1889.
- Pabellón Argentino. El edificio que vino de París a Bs. As., por el Lic. P. Chiesa y A. Brodaric – Internet.
- Arcón de Buenos Aires – Internet.
- Esculturas que estuvieron en la Exposición Universal de París de 1889, por Juan Castro, Internet.